

Patricia Safa Barraza, *Vecinos y vecindarios en la Ciudad de México, un estudio sobre la construcción de identidades vecinales en Coyoacán D. F.*, CIESAS, UAM-I, Miguel Ángel Porrúa, 1998.

**H**OY, EL ÁMBITO DE LO LOCAL ES REVALORIZADO ANTE LA incontenible embes-  
tida de la globalización, económica y cultural, por la que atraviesa el mundo  
en este final de siglo. El acotamiento de las funciones de los Estados y  
las sociedades nacionales en un mundo internacionalizado coloca en las sociedades y  
los gobiernos locales la posibilidad de preservación de la identidad nacional. Las cos-  
tumbres, las tradiciones, el patrimonio histórico, cultural y arquitectónico de los pue-  
blos se conservará en su gente y en sus ciudades, y será el legado que se transmitirá a las  
generaciones venideras.

En tal contexto, el libro de Patricia Safa, *Vecinos y vecindarios*, es un producto de esta corriente de antropólogos que se ha dado a la tarea de estudiar y revalorizar el papel de la cultura urbana en la sociedad mexicana actual, al ofrecer un excelente análisis sobre la construcción de la identidad vecinal en Coyoacán, espacio central de la ciudad capital.

Este libro conjunta dos perspectivas: la académica, que le imprime al trabajo que comentamos el rigor propio de una tesis de doctorado, y el análisis de la gestión urbana actual, útil tanto para quienes desempeñan actividades de gobierno (funcionarios, representantes, políticos), como para quienes habitan en dicha zona de la ciudad, los vecinos y las organizaciones sociales que trabajan de manera comprometida y sin tregua por la conservación y mejoramiento de tal espacio urbano.

Dice la autora en sus primeras páginas que su punto de partida es repensar lo vecinal, no sólo como un problema de delimitaciones político-administrativas o de diferencias económicas, sino también desde lo simbólico, desde el campo de los sentimientos y las representaciones que constituyen las bases del fuerte sentido de pertenencia, de esta orgullosa identidad de la que son portadores los coyoacanenses.

Pero lo vecinal, a diferencia de lo que pudiera suponerse, no es algo fácil de estudiar; constituye un objeto de análisis social complicado y desafiante. Y para sentar desde el inicio cómo va a abordarlo, la autora enuncia dos supuestos básicos:

1) Lo vecinal es un “asunto de significados, de representaciones y prácticas”, donde se construye “el adentro” (los vecinos) y el “afuera” (los otros), claros límites a partir de los cuales se construyen las identidades. Lo que está en juego entonces son cuestiones intangibles, lazos afectivos y sentimientos de pertenencia con el lugar. Pero no sólo está presente “la añoranza por el pasado”, sino también las “nuevas situaciones problemáticas del presente y/o proyectos de utopías futuras” (p. 18), que también son fuertes componentes de la identidad. Por ello, dichos sentimientos no viven en armonía, suelen ser más bien encontrados, y este libro bien podría ayudar a crear una convivencia tolerante entre quienes reivindican el pasado —los cuales deben aceptar que para conservar hay que transformar— y quienes representan a la sociedad mexicana

actual, profundamente transformada en su economía, una sociedad multicultural y comprometida con el avance de la democracia, como forma de gobierno y como forma de convivencia social.

2) Más allá de los sentimientos, debe reconocerse el valor de las organizaciones y movilizaciones vecinales, las cuales forman parte del conjunto de manifestaciones de descontento social que se llevan a cabo en la ciudad por la agudización de los problemas urbanos: el deterioro del medio ambiente, el permanente déficit de vivienda y servicios así como el incremento de la inseguridad. Desde estas prácticas también se construye y se refuerza la identidad local.

Planteado el punto de partida, la estrategia de investigación también se estructura en dos dimensiones de análisis: por un lado, la experiencia del sujeto, el campo de los sentimientos reconstruido a través de su historia de vida y de la historia local, de la forma que adquieren las representaciones de lo vecinal; por otro, la arena social en la que se insertan estos sujetos individuales y colectivos, y que remite al análisis de los conflictos por el uso y la apropiación del territorio.

Uno de los elementos de tal mirada original radica precisamente en haber seleccionado este territorio y dicho segmento de la sociedad capitalina para realizar un análisis de lo vecinal. Dice la autora textualmente: “elegí la delegación Coyoacán por la gran heterogeneidad de espacios urbanos, por ser el lugar donde coexisten lugares con arraigo histórico pero también colonias de reciente formación con diferentes características urbanas y sociales” (p. 20). Y agrega: para ello “fue necesario romper con perspectivas que hacen hincapié en el sentido de comunidad sólo gracias a los rasgos distintivos de un lugar y su gente o, por el contrario, que suponen que en las grandes ciudades lo vecinal no es importante en la medida en que el territorio ha dejado de ser significativo para las personas y grupos sociales” (p. 21).

Así, Safa analiza cómo los habitantes del Centro Histórico han desarrollado una cultura y unas prácticas de protección del patrimonio arquitectónico y cultural de la zona, para neutralizar los efectos perversos que genera todo proceso de expansión urbana; parte conocida de la historia de este vecindario, que está registrada en la historia de la capital y a la cual la autora aporta nuevos elementos de reflexión. Además, rescata otra historia de identidad, de sentido de pertenencia y de orgullo, mucho menos conocida y que es valiosísima, como contracara de esa historia del centro de Coyoacán, la que protagonizan los vecinos de Santo Domingo. Así, se puede advertir el contraste entre cómo se construyen una y otra identidad: partes, a veces en conflicto, de una identidad colectiva que es la del ser vecino de Coyoacán. También cuáles son las bases de las contradicciones y tensiones propias que se generan en la cotidianidad y en la politización de las acciones de unos y otros barrios, de una y otra zona.

Colocándose a cierta distancia de estas perspectivas tradicionales (pero sin ignorar sus aportaciones), dedica el capítulo II a recuperar “la historia de un pueblo que la ciudad se apropió”, sumergiéndose en relatos y archivos, tras la búsqueda de documentos que le permitan comprender las raíces y los procesos históricos que están detrás de la conformación y evolución de dicho paisaje urbano. Quizás es la parte más

amena del libro, donde el lector podrá encontrar el relato del confuso episodio de la muerte de doña Catalina, la esposa de Cortés, o las nostálgicas evocaciones a la tranquilidad que ofrecía a finales del siglo pasado la villa de Coyoacán, con sus calles de arroyos que se utilizaban para regar hermosas huertas; o el recuerdo de haber sido espacio de encuentro de zapatistas y carrancistas, puesto que allí hubo disputas por linderos y tierras. Largo recorrido por el que atraviesa Safa, hasta llegar a la época actual, cuando esta zona de la ciudad es ya una parte central, ante la expansión de la ciudad de México hacia la periferia.

Sin duda, la autora arriesga y logra construir una perspectiva de análisis integral, ya que, para sorpresa de sus colegas, esta antropóloga incursiona en el tema de la identidad vecinal revisando no sólo el marco conceptual de su disciplina de origen, la antropología (Gans, Lewis, Redfield), y utilizando las técnicas en las que fue adiestrada, sino que se posesiona también, como socióloga urbana, que retoma y critica con autoridad y precisión tanto a los principales autores de la Escuela de Chicago (Mumford, Wirth) como a autores anglosajones (Roberts, Anderson, Keller). Tampoco deja de hacer referencia a la importante corriente marxista que desde los años sesenta desarrollaron originales marcos teóricos para el análisis de la cuestión urbana (Castells, Borja, Lojkin, Topalov), y retoma sus versiones latinoamericanas y urbanas (Cardoso, Faletto, Dos Santos), hasta recuperar las aportaciones de un pionero en el estudio de las luchas urbanas en México, Jorge Alonso, quien en su Prólogo ofrece un interesante comentario crítico a este libro.

Este repaso por conceptos, categorías y nociones permite a Safa llegar a afirmar algo muy importante para comprender los alcances de la compleja realidad que le interesa estudiar, y es que las identidades vecinales “se construyen porque existe un lugar de intenciones, de coherencia y homogeneidad, aunque en la realidad estas identidades sean símbolos imprecisos porque las personas le pueden dar significados diferentes” (p. 58). Queda claro que son poco útiles las tipologías de que se dispone sobre las comunidades cuando se quiere dar cuenta de cuáles son las bases de su identidad y, en cambio, son mucho más próximas las nociones de diversidad e inestabilidad que están presentes en las “hibridaciones” culturales acuñadas por García Canclini. Por este camino teórico-conceptual Safa llega inevitablemente al tema de la ciudadanía y la democracia, al del papel que desempeñen las asociaciones llamadas secundarias, en este caso las asociaciones vecinales, en el difícil camino hacia la democratización de la sociedad mexicana.

Las categorías analíticas son puestas a prueba y muestran su eficacia en la segunda parte del libro, al considerar dos casos de estudio: el pueblo de Los Reyes y el Centro Histórico.

Es muy acertado el haber seleccionado el caso de Los Reyes, pueblo original de indígenas en el que a través de la historia oral se recupera el papel que desempeñaron las instituciones locales, los rituales, la organización social en la construcción del fuerte sentido de pertenencia que posee el grupo originario que, por un lado, no entiende por qué este territorio ha sido excluido del perímetro que legalmente constituye el

Centro Histórico de Coyoacán, al tiempo que excluye del derecho a ser enterrados en su panteón a los que no nacieron y a la vez no tienen padres, abuelos y bisabuelos del pueblo (situación que Safa analiza a partir del caso de una octogenaria, oriunda de Chiapas, que hace 60 años habita en esta tierra y solicita a los representantes vecinales que reconsideren su situación y le permitan ser enterrada allí algún día).

La autora narra magistralmente el trasfondo de orgullo y de tensión que posee esta cotidianidad, donde sólo algunos acuerdos y desacuerdos son verbalizados en el cabildo y registrados en actas, sin que logren resolver u ocultar por mucho tiempo profundos conflictos que sobreviven en la comunidad. Esto lo sintetiza correctamente al decir que las identidades sociales son *homogeneizadoras* pero a la vez *excluyentes*.

El Centro de Coyoacán, su otro caso de estudio, ha registrado importantes transformaciones en la composición social de quienes habitan y trabajan en este espacio. Dicho proceso ha sido acompañado de conflictos en el uso del suelo entre una gran diversidad de actores sociales (vecinos de casonas, de condominios, de departamentos, de vecindades, comerciantes, turistas, artesanos). Hoy tal espacio de gran valor histórico, arquitectónico y cultural reclama ser tomado en custodia, ejerciendo una responsabilidad compartida entre las autoridades y la sociedad. Sin duda, las transformaciones de la economía, la globalización a la que aludí al inicio de este comentario, genera en la ciudad efectos urbanos y exige construir nuevas bases que permitan restituir una convivencia vecinal respetuosa y armónica, y en ello radica la revalorización que hoy hacen los científicos sociales de lo local. Sin embargo, el análisis de lo que ocurre en dicho espacio social es un excelente ejemplo para observar las dificultades que este tipo de propuestas encierran.

Safa presenta los resultados de sus entrevistas a nuevos y viejos vecinos, transcribe sus posiciones poniendo en evidencia que las representaciones muchas veces son encontradas, aunque todos parecen ser portadores (en principio) de una única identidad. Su manera de confrontarse con las autoridades locales, el no aceptar fácilmente al de afuera, que suele ser el de adentro de la ciudad y/o del país, es un dato que la autora corrobora y que la lleva a preguntarse ¿por qué y para qué se recurre al pasado?; y responde: “se recurre al pasado no para contrastar el hoy con el ayer, no porque todo tiempo pasado fue mejor, sino porque se critican las condiciones de vida presentes. La identidad vecinal se crea y recrea para oponerse y argumentar. Es una identidad que se manipula a favor de intereses muy concretos, lo que la convierte en un asunto de control y toma de decisiones” (p. 203).

En la tercera parte Safa analiza el comportamiento de las organizaciones vecinales desde la perspectiva de su contenido metropolitano y desde su significado e importancia en la construcción de una democracia social. La autora, correctamente, no se queda en el caso de Los Reyes o del Centro de Coyoacán, sino que explora qué tienen en común esta identidad vecinal y estas organizaciones que se conforman a su alrededor con lo que ocurre en el marco más amplio de la ciudad de México, lo cual resalta las dificultades que encierra en la ciudad capital el pasar de ser considerado un habitante o un trabajador, a ser considerado un “ciudadano” con derechos y obligaciones

sociales y urbanos: toda persona que ejerce la condición de ciudadano en un contexto social y políticamente en tránsito hacia la democracia.

El libro que nos ocupa sólo puede ser producto de una investigadora que ha recorrido ya muchas décadas en el campo de la investigación social y que expresa en un trabajo como éste la madurez de su pensamiento y el oficio de investigar. El resultado es un valioso y original análisis sobre el proceso de construcción de las identidades vecinales. Además, constituye un esfuerzo intelectual que se sustenta en la incorporación de mapas, fotos, narraciones, indicadores de la búsqueda incansable de nuevos conocimientos y técnicas que puedan tener la capacidad de atravesar las fronteras de lo académico y ser útiles para construir formas de convivencia social que permitan avanzar hacia una mejor vida para todos los que habitan en Coyoacán, y en esta gran ciudad.

*Alicia Ziccardi*